

25: EL LIBRO DE LOS SALMOS

En mi infancia solía acompañar a mi madre a la Iglesia Memorial APR de Chalmer, en la que se había criado. La sigla "APR" identificaba a dicha iglesia como perteneciente a una Asociación de iglesias Presbiterianas Reformadas, una rama ultrafundamentalista: de lo más rígido del calvinismo. Lo más sorprendente para mí era que en aquella iglesia no se cantaba himno alguno. Los himnos estaban compuestos por palabras humanas, decían, palabras escritas por autores humanos y, como tales, eran inadecuadas para el uso litúrgico, donde sólo debían escucharse las "palabras de Dios". De manera que, en lugar de himnos, los miembros de aquella iglesia cantaban los 150 salmos de la Biblia, que habían musicalizado y que, ciertamente, eran "palabras de Dios". De esa forma, el libro de los Salmos se constituyó en el verdadero himnario de aquella iglesia, muy diferente del anglicano.

Con independencia del literalismo teológico que refleja esta exclusiva selección, aquella iglesia había acertado en coincidir con el propósito original del libro de los Salmos dentro de la tradición hebrea. De hecho, dicho libro era el compendio de los himnos específicos del judaísmo; de los cantos creados para las liturgias primero del templo y luego de las sinagogas. A la luz de este concepto, el lenguaje de este libro tiene sentido. En los salmos hay numerosas referencias y directivas litúrgicas, como pedir al pueblo "cantar al Señor un cántico nuevo", como mencionar frecuentemente al director del coro y hacer referencia a una variedad de instrumentos tradicionales en las ceremonias religiosas judías: las trompetas, el arpa y la lira. Los salmos también se refieren a sacrificios, procesiones, altares, acciones de gracias y votos sagrados, todos ellos, actos litúrgicos.

Al examinar el Salterio desde el punto de vista de la vida litúrgica hebrea, resulta evidente que el número de salmos se adecua a las celebraciones específicas del ciclo litúrgico anual judío. Por ejemplo, los salmos 113 a 118 se utilizaban en los tres festivales que marcan el año judío: Pascua, que se desarrollaba en la fiesta del Pan sin levadura; Sukkoth o Tabernáculos o fiesta de las cosechas, de 8 días de duración, en otoño; y Dedicación, fiesta de 8 días que se celebraba en pleno invierno, y que originalmente marcaba el retorno de la luz de la verdadera adoración a la sinagoga ya en el tiempo de los Macabeos y que hoy conocemos como Hanukkah. El salmo 118 se destinaba específicamente para la gran procesión que acompañaba el festival de las cosechas de Sukkoth. En esta procesión, la gente llevaba en su mano derecha un manojo de ramas frondosas, compuesto de sauce, arrayán y palma, al que llamaban "lulab", y que se agitaba al tiempo que se recitaban las palabras de dicho salmo: "¡Hossana! Bendito el que viene en el nombre del Señor. Hossana en las alturas". Al recordar esta expresión es fácil comprender que esta liturgia judía influyó y sobrevivió en la celebración cristiana del Domingo de Ramos.

El Salmo 119 se compuso, muy probablemente, para usarlo en la celebración anual de Pentecostés o Shavuot, que conmemoraba la entrega de la Ley a Moisés en el Sinaí. Shavuot venía 50 días después de la Pascua (de ahí pentecostés) y consistía en una vigilia de 24 horas. Se necesita un salmo bien largo para acompañar toda una vigilia de 24 horas. Por eso este salmo es el más largo de todos. Es un himno de alabanza de la gloria y la belleza de la Torah o de la Ley, que los judíos consideraban el mayor regalo hecho por Dios a la humanidad. Este salmo 119 se divide en 8 segmentos de tres estrofas cada uno para encajar en el formato de una vigilia de 8 unidades de 3 horas, y ofrecer así una recitación específica para cada parte de aquella vigilia. La longitud de este salmo no es, pues, accidental.

Otros salmos, en especial los número 102, 120, 171 y 130, se usaban en días de penitencia pública y en algunas otras fiestas. Sus textos recuerdan los de los primeros himnos de la iglesia cristiana, que seguramente se modelaron según el patrón de dichos salmos. Me refiero a los cánticos que Lucas pone en boca de los principales personajes de su relato del nacimiento de Jesús: el himno de Zacarías, de María, de

los ángeles y de Simeón el anciano sacerdote; himnos que se usan aún hoy en las liturgias cristianas y que conocemos por sus nombres latinos: Benedictus, Magnificat, Gloria in excelsis y Nunc dimitis.

Esta semejanza forma parte de algo que la mayoría de los cristianos ignora: que los evangelios en su conjunto se concibieron en el contexto de la sinagoga y que siguen fundamentalmente los patrones litúrgicos judíos. Por esta razón no es de extrañar que haya unas 93 referencias a los salmos en las historias acerca de Jesús que se reúnen en los evangelios. La historia de la crucifixión, por ejemplo, se basa en gran medida en el salmo 22.

Los evangelios tendieron a relacionar la vida de Jesús con cada una de las grandes celebraciones del año litúrgico judío. La historia de la crucifixión se ubicó, por ejemplo, en la celebración judía de la Pascua y no porque realmente aconteciera en dicho momento sino porque la Pascua fue el contexto litúrgico en el que la muerte de Jesús se explicó y se interpretó en los evangelios. Ya antes, en los primeros escritos de Pablo (redactados en los años 51 y 64 dC.), se presentaba a Jesús en analogía con el sacrificio del cordero pascual. La historia del éxodo que se recuerda en la liturgia de la Pascua indica que el poder de la sangre del "cordero de Dios" sacrificado, puesta en el dintel de las puertas de los hogares judíos, fue lo que salvó a éstos de la muerte que diseminaba el ángel exterminador. Al narrar la historia de la crucifixión de Jesús como el sacrificio del "nuevo" cordero pascual, la cruz vino a equivaler a las jambas de la puerta del mundo, y la sangre de Jesús derramada en la cruz, fue el poder que expulsa la muerte de las vidas de los creyentes, conforme a la frase: "salvados por la sangre". La comparación entre la historia de la cruz y el sacrificio de la Pascua puso a ambos hechos dentro del mismo marco pero no reflejó lo acaecido históricamente sino el sentido que se atribuyó.

Hay otros signos cristianos que relacionan los días santos judíos con eventos de las historias en torno a Jesús. Juan Bautista y su mensaje de arrepentimiento proviene de la traslación, a un contexto cristiano, del mensaje de Rosh Hashanah, el año nuevo judío. En ambos hechos, se convoca al pueblo se le llama al arrepentimiento como forma de prepararse para la venida del reino de Dios. La historia de la transfiguración de Jesús proviene de adaptar y de reflejar la observancia de la fiesta de la Dedicación, en mitad del invierno. En la fiesta de la Dedicación, se conmemoraba que la luz de Dios descendía sobre el templo, y, de manera análoga, en la historia de la transfiguración, la luz de Dios se veía descender sobre Jesús, cuyo cuerpo era el "nuevo templo". Los evangelios son, pues, claramente, productos de la sinagoga y así como los salmos eran una pieza crucial en la liturgia de la sinagoga, los evangelios vinieron a ser piezas cruciales en el desarrollo de las liturgias cristianas.

¿Quién escribió el libro de los Salmos? Esta pregunta no tiene mayor sentido que el de preguntarnos quién fue quien escribió los diferentes himnos cristianos. Unos y otros son compilaciones de las diferentes tradiciones litúrgicas a través de los tiempos. Los himnarios cristianos que se usan en las diferentes congregaciones protestantes incluyen cantos gregorianos del siglo XIII, palabras de la Reforma del siglo XVI, el mensaje social del evangelio del siglo XIX, composiciones piadosas de fines del siglo XIX y de comienzos del XX, modernos himnos futuristas de fines del siglo XX y, en algunos suplementos de los himnarios, se incluyen incluso composiciones que expresan las esperanzas del siglo XXI. Del mismo modo, el libro de los Salmos refleja el peregrinaje y la larga historia religiosa de los judíos. De modo que éstos no son de un único autor.

Hay salmos dedicados a la belleza de la creación, otros que exaltan las virtudes del rey, otros que lamentan la condición humana y otros que expresan la desesperanza del exilio y el regocijo y la esperanza surgidas durante el retorno de dicho exilio. Nuestros himnarios contienen fragmentos inspirados en la espeluznante teología que habla de sangre y de sacrificio, con expresiones sobre la ira de Dios, de modo que, al leerlos, con frecuencia nos avergonzamos de este aspecto de la teología de ayer. Encontramos en ellos, por ejemplo, algunos de los peores rasgos de la deidad tribal que se deleita machacando contra las rocas las cabezas de los niños de los enemigos de Israel. Al contrario de los que creía la iglesia APR de mi madre, los

salmos son difícilmente "palabra de Dios" a menos que se atribuyan a Dios aspectos horribles de la conducta depravada de los humanos. Los salmos están hechos de palabras humanas que se refieren a Dios mediante emociones y sentimientos humanos, unos realmente sugerentes e inspirados todavía y otros que ya no nos dicen nada o que dicen lo contrario de lo que una espiritualidad verdadera puede decir.

No tenemos una idea cierta de cuándo se completaron los 150 salmos que merecieron ser incluidos en el salterio del pueblo judío. En una de las primeras versiones completas de la Biblia, el Códice Sinaítico, ya estaban completos los 150 salmos. Pero otro texto algo posterior, del siglo IV, carece de los salmos 49 a 79. Sabemos que, en algún momento de la historia judía, se impuso un ordenamiento del conjunto. Desde muy temprano, los salmos parecen haberse dividido en 5 libros, y cada uno de ellos terminaba con una doxología en el último verso del último salmo. El libro primero incluye los salmos 1 a 41; el segundo, los salmos 42 a 72; el tercero, los salmos 73 a 89; el cuarto, los salmos 90 a 106; y el quinto, los salmos 107 a 150. Esta división probablemente indica, una vez más, una adaptación litúrgica del uso del salterio, orientada de cara a acompañar los 5 libros de la Toráh: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, cuya lectura anual regía el calendario litúrgico de la sinagoga.

Hay otros datos del salterio que apuntan a un largo desarrollo del mismo a lo largo del tiempo. El nombre de Dios se escribe de dos maneras, y ello refleja los dos centros de la vida y de la historia judía: por un lado Jerusalén, donde domina el nombre Yahvéh, por otro, el reino del norte, donde se prefería el nombre Elohim. En el último verso del salmo 72, se nos dice "aquí terminan las oraciones de David", lo cual parece insinuar el final de una sección intercalada. Duplicaciones textuales en algunos salmos parecen indicar que provenían de más de una fuente. Actualmente se cree que los salmos se compilaron, hasta alcanzar una forma similar a la de ahora, en algún momento entre los años 400 y 200 aC. Los salmos reflejan épocas diferentes de la historia judía y, obviamente, son de varios autores. Debe señalarse que la autoría del rey David, atribuida a algunos salmos, es un mito religioso y no un hecho histórico.

¿Deberían seguir usándose los salmos en las liturgias cristianas? El tiempo deteriora lo que antes fue bueno, observó el poeta James Russell Lowell. En pocos lugares se ve esto tan claro como en el libro de los Salmos. ¡Como máximo, son una bendición ambigua, con cosas buenas y no tanto!

— John Shelby Spong